

— No diga vm., señor huésped, sino lo que le he permitido decir, y no habrá dicho vm. sino la verdad. Puede muy bien un hombre tener un apellido ilustre que empiece en *Pol*, en *Pen* ó en *Tré*, y haber nacido léjos sin embargo del monte de San Miguel.

Gil Gosling no quiso insistir en su curiosidad, y presentó el estrangero con el nombre del señor Tresilian á su sobrino y á sus amigos; y estos, despues de haber bebido á la salud del nuevo convidado, continuáron la conversacion que su llegada habia interrumpido.



CAPITULO II.

— ¿Habla vm. del jóven Lancelot?

El Mercader de Venecia.

DESPUES de un corto intervalo el tendero, á instancias del posadero y los alegres convidados, les regaló los siguientes versos:

Apénas hay ave alguna
Que yo prefiera al mochuelo:
A toda persona cuerda
Le puede servir de ejemplo.
A la entrada de la noche
Abandona su agujero,
Sacudiendo la pereza,
Y sale á dar un paseo.
Su canto, dicen, promete
Al hombre gloria y provecho:
Si es verdad lo que nos cuentan,
Amigos, ¡viva el mochuelo!

Miéntas el sol nos alumbra,
En ningun lado le vemos,
Y en un rincon por la noche
Halla su entretenimiento.
A su saber y prudencia
Alegremente brindemos,
Gritando entre trago y trago,
Amigos, ¡viva el mochuelo!

— Hableme vm. de eso, camarada, dijo Miguel, cuando dejó de cantar el tendero; esos versos se comprenden, y veo que hay todavía gente de provecho entre vms. Pero ¡que retahila de compañeros me presentan vms. también! no encuentro ninguno cuya historia no sea de mal agüero. ¿Con que Will de Wallingford se fué al otro barrio?

— Sí, dijo uno de sus amigos, murió como un gamo á manos de Thatcham, el antiguo guardabosques del duque, en el parque de Donnington.

— Era muy amigo de la caza, dijo Miguel, y le gustaba también el trago. Bien merece un brándis. Vamos, amigos, ¡á las armas!

Cuando hubieron brindado por el difunto, preguntó Lambourne donde estaba Partins de Padwoorth.

— Partió, hace ya diez años, desde el castillo de Oxford. Goodman Thong puede dar razon de eso, y no necesitó mas equipage que un cordel de dos cuartos.

— ¡Que! ¡el pobre Partins murió de un modo tan airoso! eso es lo que resulta generalmente de los paseos nocturnos. Mucho le gustaba divertirse y derrochar. ¿Y que me dirán vms. de un tal de... de Hal... Hal, con su gran pluma siempre, que vivía cerca de Yattenden?... No me acuerdo del apellido.

— ¡Que! ¿Hal Hempseed? preguntó el tendero. Debes acordarte de que quería hacer papel, y mezclarse en la política, en los negocios de Estado. Se metió en un embrollo con el duque de Norfolk, hace dos ó tres años; huyó del país, porque querían echarle la garra y meterle en chirona. Tomó pues, como digo, soleta, y no le hemos vuelto á ver el pelo.

— Despues de tales desastres, dijo Miguel, no sé si me atreveré á tomar en boca á Tony Foster. No es posible que haya dejado de caerle también la lotería á terno seco.

— ¿De que Tony Foster quieres hablar? dijo el posadero.

— ¡Par diez! del que llamaban Tony Botafuego, porque acudió con un tizon cuando fuéron quemados Latimer y de Ridley: el viento habia apagado la antorcha de Goodman Thong, y nadie queria darle fuego por ningun dinero.

— Ese Tony está bueno y sano, y es hoy un gran señor. Pero ten mucho cuidado de no llamarle Botafuego, sobrino, si no quieres tener un lance serio con él.

— ¡Como! ¿se avergüenza de que le llamen Botafuego? No ha sido siempre lo mismo, á fé mia. Hacia gala del sambenito,

y decia que para él era lo mismo ver asar un herege que un buey ó un cordero.

— Sin duda, sobrino mio, pero eso era en el buen tiempo de la reina María, cuando el padre de Tony era aquí alcalde del abad de Abingdon; pero despues se casó con una precisiana, y ahora es tan buen calvinista como el mismo Calvino.

— Y se ha hecho hombre de importancia, dijo Goldthred; lleva erguida la cabeza, y desprecia sus antiguos amigos y compañeros.

— Se conoce en eso que ha hecho fortuna el bribon. Cuando alguno llega á hacer dinero, no quiere tener dares ni tomares con los que no le tienen.

— ¿Te acuerdas de Cumnor-Place, la casa antigua del pueblo, cerca del cementerio?

— ¡Si me acuerdo! por mas señas que robé tres veces toda la fruta de la huerta. Pero ¿que importa? era la residencia del abad, cuando habia alguna epidemia en Abingdon.

— Sí, dijo el posadero, pero hoy es la habitación de Tony Foster, en virtud de la concesion que le ha sido hecha por un gran señor á quien la corona habia cedido todos los bienes de la abadía.

— No hay que pensar, dijo el tendero, que todo eso sea por mero orgullo. Hay de por

medio una hermosa dama, y Tony apénas permite que la vea la luz del sol.

— ¡Como! dijo Tresilian que tomó entónces parte en la conversacion, ¿no acaba vm. de decir que Foster se habia casado con una calvinista?

— Sin duda, con una precisiana tan rigorista como pudiera hallarse en el mundo; y Tony y ella vivian, segun dicen, como perros y gatos. Pero murió, dejemosla en paz; y como no tiene Tony mas que una hija, se cree que se casará con esta desconocida que da tanto que decir.

— ¿Y por que? preguntó Tresilian; quiero decir, ¿por que da tanto que hablar?

— Porque dicen que es hermosa como un serafin, respondió Gosling, porque nadie sabe de donde viene, y porque quisieran saber el motivo de estar tan retirada y estrechamente encerrada. En cuanto á mí, no la he columbrado jamas; pero creo que la has visto tú, Goldthred.

— Sí por cierto. La ví una vez que vine de Abingdon aquí á caballo. Pasé por debajo de la ventana grande de la casa vieja, en cuyos cristales hay pintados santos y cosas de historia. No habia seguido el camino ordinario, pues atravesé el parque. Hallando que la puerta no estaba bien cerrada, creí poder

hacer uso del privilegio de compañero antiguo, y pasar por la arboleda para disfrutar de la sombra, porque hacia calor, y para evitar el polvó, porque tenia un chaleco de color de melocoton con galones de oro....

— Y porque querias, dijo Miguel, lucir el chaleco á la vista de una buena moza. ¡Maldita cabeza! ¿cuando has de dejar esas tus mañas?

— No es eso, Miguel, no es eso, dijo el tendero sonriendose y orgulloso. Era la curiosidad, y cierta lástima interior, porque la pobre dama no vé ni de dia ni de noche sino á Tony Foster con sus cejas negras, su cabezota y sus piernas zambas.

— Y tú le hubieras presentado un buen mozo, una levita de seda, una pierna bien hecha, una carita redonda, sonriendose sin saber por que, y queriendo decir: ¿que falta á vm.? una gorra de terciopelo, una pluma de Turquía, y un alfiler de plata sobredorada. ¡Ah! tendero, tendero, los que tienen buena mercancía la ponen de manifesto. Vamos, señores, vamos, llenemos los vasos, brindo á las grandes espuelas, las botas cortas, las levitas llenas, y las cabezas vacías.

— Todo eso es envidia, Miguel, dijo Goldthred; pero si la casualidad me ha favorecido, no ha hecho por mí mas que lo que hu-

biera podido hacer por tí ó por cualquier otro.

— ¡Cara de pastel, dijo Lambourne, confunda el cielo tu impudencia! ¿te atreves tú, tenderillo miserable, á compararte con un militar, con un hombre como yo?

— Permitame vm., señor mio, dijo Tresilian, que le suplique no interrumpa al buen tendero de Abingdon. Cuenta una historia tan agradablemente, que le escucharía de buena gana hasta la media noche.

— Usted me hace mucho favor, dijo Goldthred; ya que divierte á vm. mi relacion, señor Tresilian, voy á continuarla, á pesar de las burlas y sarcasmos de ese soldado valiente, que quizá se ha cubierto mas bien de vergüenza que de laureles en los Países Bajos. Asi pues, señor mio, al pasar debajo de la ventana grande, habiendo dejado las riendas al caballo, tanto para ir mas cómodamente como para poder mirar á todas partes, oí abrir la ventana; y el diablo me lleve en andas y volandas, si no ví en ella la muger mas hermosa que me he echado jamas á la cara; y eso que habrá pocos que hayan visto mas buenas mozas que el hijo de mi madre, ni que tengan tanto voto en la materia.

— ¿Podria vm. hacernos de ella una descripción? preguntó Tresilian.

— Aseguro á vm. que estaba vestida á maravilla, tan bien como lo pudiera estar una reina. Era su vestido de arriba abajo, incluso las mangas, de raso liso de color de gengibre, que pienso valia lo menos sus treinta chelines la vara: estaba forrado en tafetan tornasolado, y guarnecido con dos galones anchos de oro y plata. ¡Pues no le digo á vm. nada de su sombrero! no he visto otro de mejor gusto en las cercanías; era de seda, amarillo y bordado en oro, y tenia una franja de oro igualmente. Yo le aseguro á vm. que era cosa rica, y mejor que cuanto se puede exagerar.

— No preguntaba yo cual era su vestido, dijo Trésilian que había escuchado impaciente todos los pormenores que refirió el tendero. Díganos vm. alguna cosa acerca de su tez, sus facciones, y color de sus cejas y cabellos.

— En cuanto á su tez, no puedo decir nada de positivo, pero noté que tenia un abanico con las varillas y mango de marfil curiosamente entallado; y en cuanto al color de su cabello, puedo afirmar á vm. que, moreno ó rubio, le cubria un adorno de seda verde entretrejido de oro.

— He aquí una memoria tenderil, dijo Lambourne. ¡Diablo de hombre! le pregun-

tan acerca del rostro de una muger, y contesta acerca de su vestido y adorno.

— A eso digo, replicó Goldthred algo desconcertado, que apenas tuve tiempo de mirarla bien, porque al ir á darla los buenos dias, con una sonrisa...

— Como la de un mico que topa una castaña, dijo Lambourne.

— De repente, continuó el tendero, aquel diablo de hombre, ya me entiende vm., Tony Foster en persona se presentó con un baston en la mano....

— Y te sacudió el polvo, dijo el posadero, en pago de tu impertinencia.

— Se hubiera guardado muy bien de hacerlo, respondió Goldthred enfadado. No es eso lo que sucedió. Verdad es que se me encará levantando su baston, y que me dijo algunas lindezas: me preguntó por que no seguia el camino real, y otras cosas de este jaez. De suerte que se me subió el humo á las narices, y le hubiera dado un buen coscorrón con el mango de mi látigo, si no hubiera temido que se desmayase aquella dama al vernos reñir.

— ¡Ah, gallina! ¡ah! dijo Lambourne, ¡que caballero audante ha pensado jamas que su dama pudiera desmayarse, cuando por librarla va á pelear en su presencia contra

gigante, follon ó malandrin? Pero ¿por que hablar de gigantes con un hombre que se ha dejado arrojar por una mosca? Has perdido la mejor ocasion.

— Pues bien, aprovechate tú mejor de otra, baladron. Ahí está el castillo encantado; el gigante y la dama te aguardan, si te atreves á presentarte como yo.

— Lo haré por un cuartillo de vino de Canarias; pero aguarda, necesito lienzo: ¿quieres apostar una pieza de crea contra seis ángeles de oro, á que mañana por la mañana voy á casa de Tony Foster, y le obligo á presentarme á su ninfa?

— Acepto la apuesta, y aunque tienes tan poca vergüenza, estoy seguro de ganarla. Depositemos el dinero en manos del huésped, miéntras le envío yo la pieza de lienzo.

— No quiero encargarme de semejante depósito, dijo Gosling. Bebe, sobrino, en paz, sin meterte en tales laberintos. Te aseguro que Foster tiene bastante poder para meterte en el castillo de Oxford, y para adornar tus muñecas con un par de brazaletes de hierro.

— Ya está acostumbrado Miguel á todo eso, dijo Goldthred, y no le cogerá de nuevo. Pero ya no se puede volver atras sin perder la apuesta.

— ¡Perder la apuesta! dijo Lambourne:

no, á fé mia, me chiflo yo de la cólera de Tony sin estimarla en un ardite. Y rabie ó no rabie, verémos á su princesa mañana mismo.

— Llevaré yo la mitad de la apuesta, dijo Tresilian, si vm. me permite que le acompañe en esa aventura.

— ¿Y que lograria vm. con eso? dijo Lambourne.

— Lograré el gusto de admirar la industria y el valor que será preciso emplee vm. en la empresa. Soy un viagero, y busco los hechos raros, los casos nada comunes, con el ahinco mismo con que los antiguos caballeros buscaban las aventuras.

— Si encuentra vm. gusto en ver harponar una trucha, consiento de muy buena gana en que venga vm. á verme pescar. Y ahora beberé por el buen éxito de mi empresa, y si alguno se negare á hacerme la razon, le declaro desde luego un mandria, y le cortaré las piernas.

El vaso de Miguel Lambourne se habia llenado ya tantas veces, que con el último trago la razon empezó á bambolear sobre su trono. Juró dos ó tres veces amenazando al tendero, que sostuvo con bastante fundamento que no podia beber á la pérdida de su apuesta.

— ¿Quieres tú razonar y argüir conmigo?

dijo Miguel, ¿tú que no tienes mas meollo en tu cabeza que un ovillo de hilo ó de algodón? ¡Cuerpo de Dios! sacaré de tu pellejo cincuenta varas de cinta.

¶ Pero mientras echaba mano á su sable para ejecutar sus amenazas, dos mozos de la posada cargaron con él, le llevaron á su cuarto, y le metieron en la cama para que durmiese la mona.

Todos se levantaron entónces y se separaron, de lo que se alegró mucho el posadero, pero no algunos otros individuos que no tenían ganas de renunciar al buen vino que nada les costaba, mientras podian aun llevar el vaso á la boca. Tuviéron que retirarse á pesar de sus tripas, y se fueron dejando á Gosling y Tresilian en posesion de la sala.

— Yo no sé á fé mia, dijo el primero, que placer encuentran nuestros grandes señores en dar fiestas y francachelas, haciendo el papel de fondistas ó taberneros, sin tener la ventaja de hacerse despues pagar el escote. Eso me sucede algunas veces, pero ¡vive Dios! á regañadientes. Cada uno de estos cuerpos sin alma, de estos frascos que mi sobrino y otros acaban de despachar, debería dejar algun beneficio á un hombre de mi clase; y vealos vm. sobre mis pobres costillas. No concibo que gusto puede encontrarse en presenciar

el ruido, las jaranas, las borracheras, las camorras que les siguen, los escesos y las blasfemias, cuando solo dejan pérdida en vez de ganancia; y sin embargo se han consumido de ese modo inútilmente y se han arruinado mas de cuatro dominios, con gran perjuicio y detrimento de los taberneros y fondistas. ¿Quién es el tonto que querrá venir á pagar su escote en *el Oso negro*, cuando tiene la ocasion de sentarse, sin que le cueste un cristo, á la mesa de un lord ó de un noble?

La declamacion de Gil Gosling contra la borrachera hizo ver á Tresilian que el vino habia hecho su efecto aun en el cerebro aguerrido del famoso posadero. Como habia él caminado con piés de plomo, quiso aprovecharse de la franqueza que inspira el vino, para arrancar de su huésped algunos informes acerca de Tony Foster y la dama encerrada que habia desenterrado el tendero en su casa. Pero sus preguntas produjéron únicamente una nueva declamacion contra las astucias de las mugeres, en la cual Gosling echó mano de la sabiduría de Salomon para sostener la suya. Al fin el posadero dirigió su atención ácia los mozos que se hallaban ocupados, les dió sus órdenes, riñó; y queriendo por último darles el ejemplo, solo consiguió romper platos y vasos, queriendo hacer ver como se

hacia el servicio en *las tres Cigüeñas*, que era entónces la mas famosa taberna de Londres. Este accidente le hizo entrar en sí mismo, se fué á su cuarto, se metió en la cama, durmió como un pontífice; y á la siguiente mañana se halló al despertarse un hombre enteramente diferente.



CAPITULO III.

El predicarme es en vano,
He de mantener la apuesta;
Una aventura como esta
No la dejo de la mano.
Decis que cuando aposté
Anoche, estaba bebido;
Mas lo que el vino ha ofrecido,
Yo mismo lo cumpliré.

La Mesa de juego.

— ¿Y que es de su sobrino de vm., mi huésped? dijo Tresilian la mañana siguiente, cuando Gil Gosling bajó á la sala grande en que habian cenado la víspera. ¿Como está su sobrino de vm.? ¿mantiene todavía su apuesta?

— Hace ya dos horas que salió á tomar el fresco, y ha recorrido sus antiguos andurriales; pero está ya de vuelta almorzando huevos frescos y moscateles. En cuanto á su apuesta, aconsejo á vm., como amigo, que no tome cartas en ese asunto, ni en ningun otro de los que él emprenda. Y hará vm. muy bien en almorzar alguna cosa de sustancia para fortificar su estómago, y dejar á mi sobrino